

CUENTO DE NAVIDAD



La re-nacida esposa



ÁNGELES LÓPEZ

ILUSTRACIONES:
TOMÁS DE ZÁRATE

La maldad de los buenos y la bondad de los malos. El mundo tiende a reducirse a eso... y no suele ser cierto. Me juré que no volvería a escribir después de la muerte de mi padre o, cuando menos, me convencí de que no podría. No sabría decir si por penitencia o como autocastigo, pero desde aquel día en que me quedé *malsentada* con todo el arsenal de dolor sobre la falda, solo he podido arañar líneas informativas, con más poca que buena fortuna, para comer. Yo no quería tener razón, sino que me la dieran. Querría haber escrito novelas insobornables, corrosivas; ser una autora descarnada y dueña de un mundo donde existe la moral pero no la clemencia. Desearía haber escrito tantas cosas, que el tiempo se me ha ido en menudencias. En llorar a quien no volverá y en lamerme las heridas que autoafirman una falta de inspiración que quizá nunca tuve. La única novela que publiqué, acaso fuera por un error de Seix Barral y porque hacía pie en la tradición guerracivilista que imperaba en aquel momento. Las víctimas de la contienda funcionaban en los estantes de las librerías y no había forma de parar la impresión y reimpresión de novedades.

Se acerca Navidad. Son días crueles para todos aquellos a quienes nos faltan seres esenciales en nuestra nómina vital. A mí me falta él; me faltará el resto de mi vida. Pero creo que es la forma en la que ha decidido vivir en mí. Con él enterré todos mis advientos, las esperas ilusionadas, la confianza de sentirse libre o, al menos, tierra prometida. Por eso, mientras estrenaba el mundo de una nueva mañana pensando en la cena de Nochebuena que me tocaba preparar —¿rape o besu- ➤

» go?-, algo detonó en mí, lejos de tanta menudencia. Hizo falta más de una herida para que yo me convirtiera en mí misma, en la muda escritora que no soy. Hizo falta María (siempre nos llamamos María), la nueva vecina del rellano, desde hacía pocos meses. Todos tenemos una historia; algunos pueden presumir de varias, pero, en este momento, toda mi energía se centraba en una sola: en la de ella. Porque pude leer en María; su cuerpo me hablaba.

Me dio la espalda cuando nos cruzamos en el descansillo. Ya en la pescadería, no solo reparé en que únicamente compraba tres parrochas, también me percaté de que llevaba gafas de sol. En pleno diciembre. Si no estaban graduadas, ni era por coquetería, no le hallaba la lógica por ninguna parte. Sabía poco de ella; nada, para ser precisos. Y para más inri, como siempre voy de bólico, tampoco me entero de mucho –¡menuda periodista!–. Esa actitud prenavideña de “estar en vela” la acomodo a mi antojo hasta hacerla desvanecer, para que no me quite el sueño, para que no me complique la vida. Pero esa vez sí noté que, al recoger las bolsas, no movía bien un brazo. “Que no quiero verlo, que no quiero verlo”, me repetí a la lorquiana manera. En ocasiones me ocurre que no deseo saber más de lo que mi estómago puede asimilar. Soy una cobarde, no sé si lo he dicho. La mayoría asegura ser valiente, decidida, asertiva y poder enfrentarse a aquello que los demás no osarían. Yo no. Sé que saldría mutilada. Pero hay ocasiones en las que vislumbro la molécula dolorosa del sufrimiento de quienes padecen demasiado sin hacer bandera del daño y, entonces, te concierne. Eso fue lo que percibí en María (;ya he dicho que todas somos María?). Entonces

recordé que los malos siempre ganan porque la gente de bien no hace nada por impedirlo. Fue cuando opté por convertirme en cotilla, con carácter transitorio. Una extensión de mi profesión no podría hacerme demasiado daño, aunque me pasara por unos días al lado oscuro de la poca fuerza que tenía.

Lo peor es el silencio. Que no te hable. No sé si he dejado de sentir mi cuerpo o simplemente he muerto. Me he hecho inmune al “nada te sale bien”, al “qué fea eres”, al “píntate un poco”, a los continuos “no sirves ni para puta” e incluso a los “hago esto, pero me lo debes”... He aprendido a leer la forma en que mete la llave en la cerradura y me he hecho intérprete de sus pisadas. Tengo miedo de que llegue pronto o tarde e incluso temo esa hora que el reloj no marca porque tengo todos los minuterios del cuerpo rotos y los nervios como un cable a punto de hacer cortocircuito, pero no soporto sus silencios, que son su letra y mi losa. Dicen que las mujeres toman siempre la forma del sueño que las contiene. No es cierto. Yo ya no sueño ni debo ser una mujer, a tenor de lo que él piensa de mí. Mi madre me dice que salga corriendo, que mi hijo no puede soportar esta atmósfera y que yo me estoy consumiendo. Pero no puedo. No sé; o no quiero. O no debo... ¿Cómo es posible que cada adjetivo deje de ser explicativo para convertirse en emocional? ¿Es viable tanta carga de maldad contra quien se supone que amas? Esa sorda perversidad de quienes tienen toda la potestad del mundo sobre ti, porque has hecho de ellos unos tiranos, pero saben derrochar arrobos de comprensión frente a extraños. No te consideran sensible, sino blanda, porque lo primero sería demasiada honra para tu triste existencia. Al próximo golpe, al siguiente chillido deberé ser mejor o, cuando menos, distinta.



Es decir, tendré que tomar una decisión porque ya me resulta imposible dialogar con el dolor físico. Todo acto de violencia nos deja sin respuestas, sin capacidad de diálogo, no hay dialéctica en el pavor. El miedo es discurso único y viceversa.



He mencionado que había decidido no escribir, pero no podía permitirme mirar hacia otro lado. A veces lo he hecho; esta vez no podía. Aunque me suden las manos como me ocurre en los eventos en los que no me he tomado un “sumial” y

tiemblo como la mujer de Paul Auster. Tenía que hacer algo. Cuando menos, informarme. El de Tarso satura entonces mis oídos: “Daos cuenta del momento en que vivís; ya es hora de despertaros del sueño. La noche está avanzada, el día se echa encima”.

Dos días después me la encontré en la frutería. Mientras todos los parroquianos hablabamos y opinábamos por boca de ganso acerca del futuro de Cuba sin El Comandante, ella tejía un jersey con su silencio. Le tocó delante de mí. Con un hilo de voz pidió un repollo —cuentan los novelistas que toda Francia olía a col durante la Revolución Francesa, pensé, y fue esa verdura la que impidió que el pueblo muriese de hambre—, pero no fue eso lo que me sorprendió, que también, sino que estaba como una inquilina en su propio cuerpo, moviendo el menor número de músculos posibles, como si estuviesen guiados por cuerdas de guiñol. Al tiempo, supe que ante ella era un ser inferior, porque su dolor, fuera el que fuese, le hacía más fuerte... legendaria, podría decir.

Salió disparada de la tienda y yo la seguí. No quise alcanzar sus pasos por vergüenza. ¿Qué podría decirle alguien como yo, que teme, incluso, a los espejos como Borges? ¿Qué palabras articular quien teme verse reflejado en el dolor ajeno? Reduje el paso. Se cerró el portal. Volví a empujar el portón introduciendo mi llave y me topé de bruces con el conserje. Cuando me acerqué hasta él no hubo preguntas que hacer. Lo supe después, claro. No se trataba de un diciembre cualquiera, traído a colación para cumplir una función simbólica, sino de mi diciembre (y el diciembre de María) aciago. “Pobre mujer. No sé ni cómo se llama. Siempre se refiere

a sí misma como la señora de Gutiérrez, como si no tuviera nombre. Llevan sin pagar el alquiler casi desde que llegaron y creo que les han cortado la luz y el teléfono. Al ‘santo’ Gutiérrez le veo a las ocho de la mañana amorrado a una copa de 103 en el córner del bar de enfrente. Puede pasarse la mañana entera. A veces también echa la tarde”. Hubiera preferido no saberlo. Qué cómodo es el dinero y lo que se puede comprar con él. Lo difícil es lo que no cuesta nada pero vale demasiado, lo que no tengo. A esta conclusión llegué por la noche bajo el edredón.

Unas horas antes, en mi sofá, sonaron las 10:30 horas en el Coppel heredado de mi suegro. Un gato en el regazo y mi marido en paralelo. Sosegados, viendo *The good wife*. Tercera temporada. Fue la hora más sonora de mi vida. Todo fueron ruidos, golpes, crujidos, gritos en un insoportable compás de dos por cuatro. Fue entonces cuando pensé que no solo me está vedada la matemática divina, también las melodías divinas. En los pequeños huesos de mi oído se enredaron como cabellos en un peine sus gritos, sus “basta”, sus “no, por favor”. En ese momento lo supe: sería su tinta. La de ella, y la de tantas otras Marías.

Días de ira dolor y adversidad. Sin la coma preceptiva, como haría Goytisolo, el poeta que más he leído cuando leía, el niño huérfano que tuvo el valor que a mí me falta para terminar con todo. ¿En qué momento mi vida se convirtió en un descampado y mis días en escombros? ¿Cuándo empezó todo? ¿Cuándo se produjo el primer golpe, el primer insulto, el primer menosprecio que daría paso al solar de los sueños rotos? El orgullo de que nadie lo sepa tiene que ver con palabras que no puedo expre-



» sar, ni con gesto alguno, pero si no estallo en verbos, mi vida se convertirá en un monocultivo interior que me llevará a la tumba... por pura vergüenza. Y a mi pequeño, por delante. Porque ya no es algo que sucede solo conmigo, en la intimidad de nuestro cuarto, atañe también a nuestro hijo. Ante la posibilidad del llanto he escogido la sumisión y la estética del silencio que no exige ni fe ni compromiso. No hago nada. Me dejo hacer. Anoche encendió una pequeña hoguera controlada, en el salón, a falta del gas y la electricidad que nos han cortado. En esa lumbre, y a la luz de una vela, caliente un caldo con rasas de pescado y elaboro la mejor sopa que puedo para dar de cenar a mi hijo. Mi pequeño, Luisito, no va al colegio desde hace meses. Su tutora no ha podido ponerse en contacto conmigo porque tampoco tenemos teléfono. Supongo que estará extrañada porque la criatura era un buen estudiante. Al menos tenemos agua, fría, pero agua al menos, aunque no sé hasta cuándo. Es la máxima sordidez a la que se puede llegar. Son las diez y media. Solo quiero que llegue del bar, porque sé que no busca trabajo, porque es demasiado macho alfa como para admitir que nadie quiere contratarlo. Pues eso, que quiero que llegue, que me vomite su rabia de una vez, del tirón y sin continuidad, que haga lo que tenga que hacer con sus patadas y sus puños para que luego, aún dolorida, pueda dormir. Dormir me hace desaparecer unas horas. Lo único malo es que vuelves a aparecer, a empezar una nueva mañana sin salida. Acorralada en mi propio laberinto: otra bronca, otro ojo morado, otro hueso roto, otro esguince en el alma... ¡Dios! ¿Nadie le enseñó que el fondo del mar no se rastri-lla? Una mujer es como el agua salada que da vida y tiene vida propia. Si la arrasas, no que-

dará nada: ni mujer, ni madre, ni persona, ni ser... Ya llega. Luisito tiene hambre pero sale a recibir a papá con la inocencia de los justos... A ver, a ver qué ocurre esta noche... Quizá, pese al dolor, mañana pueda levantarme, recibir otra identidad y otra conciencia, y pueda volver a ponerme en marcha, a estrenar un nuevo día.

Las termitas se comieron a Dostoievski, el Idiota, pero el silencio de la noche no se tragó el ruido en su negro vientre, sino que lo amplificó. Por eso no hubo otra solución. No soy la madre de nadie, pero hoy siento que soy la hermana de alguien que no conozco. La vida me ofrece una oportunidad que no debo dejar pasar, como hago tantas veces. Oigo “socorro” y también “basta” y un nuevo “no, por favor”, y de vuelta un “por qué”. No sé mucho de mi vecina, pero sus frases resumen un presente que me aterra. No sé si es demasiado tarde o demasiado pronto. Como voz que clama en el desierto, como profeta que busca ser escuchado, como pueblo oprimido que se desgarraba buscando su liberación. Ignoro si está preparada para lo que voy a hacer, pero voy a hacerlo. Marco el teléfono de la Policía Nacional. Cero-noventa-y-uno. Mientras me responde la operadora pienso que hay lugares sin aliento y que mi descansillo es uno de ellos. “Dígame”, responde una voz femenina en tono neutro. “Estoy escuchando lo que parece ser un caso de violencia doméstica, en la puerta de enfrente de mi casa. Son mis vecinos”, respondo con una voz que no enfoca, sino que atraviesa el auricular. “Vamos inmediatamente” –resuelve la policía–.

Lo que vino a continuación es de sobra conocido. Creemos que solo les ocurre a los demás,

al igual que Ivan Illich pensaba que ni nosotros ni los nuestros nos vamos a ir nunca, pero es mentira. Un día sucede que asistimos a lo que no desearíamos y que quienes amamos sí se marchan. Al cuarto de hora salió, él, esposado. Al rato abrió la puerta un agente y la vi. Parecía que caminase detrás de una larga procesión de gente, con su pequeño de la mano. Siguiendo un compás salobre. Según lo cuento pienso que estoy desvalijando su historia y que debería pedirle permiso porque resulta casi indecoroso contar la porción de vida y espacio que hemos compartido. Pero no es la única María del mundo, por eso lo hago. Por eso lo hice. ¿Mi error?: verla una mañana en la pescadería. ¿O fue todo lo contrario?

Según salía escoltada por una masa uniformada en dirección no sé hacia dónde, se acercó y escuché su voz, por primera vez:

–Lo siento. Tuve que hacerlo.

–Tarde o temprano tenía que ocurrir. Te agradezco que no mirases hacia otro lado, supongo... Aunque quizá mañana te odie, porque estaba acostumbrada al trozo de realidad en el que vivía.

(El miedo debe ser un cortocircuito entre el sentido y las palabras)

–Nadie merece acostumbrarse al dolor, si se puede evitar. Los niños, aún menos.

(Los policías empiezan a inquietarse. Quizá cambio de turno, tal vez una noche demasiado movida...)

–Él no era así. Es el resultado de muchas cosas: una enfermedad bioquímica que arrastra desde la adolescencia, un jefe déspota que le dejó en la calle tras veinte años de trabajo, una madre que le desheredó porque nunca le quiso, un hijo que nos obliga a cuidados constantes por un problema congénito...





(Siguió dándome detalles de ese Everest invisible que es la convivencia cotidiana. Pero ya no la oía. A veces, la pareja es una institución casi de ficción. Hacen falta algunos problemas

para cargar con el peso que han de soportar dos seres adultos, pero siempre hay más de un par de entidades que la integran. Luego, claro está, viene la culpa. La bendita y maldita culpa...)

—Él es el resultado de sí mismo. Tú, también, María.

—Me llamo Ángela y no entiendo lo que me acabas de decir.

—Nada. Solo que lamento haberme entrometido y siento más no haber podido hacer otra cosa antes de llegar a esta situación. Pero creo que aunque no puedas verlo, hoy empieza una nueva vida para ti.

(Me miró detenidamente con cara de “no le cuentes nada a nadie”, como finaliza *El guardián entre el centeno*, narrada en forma de confesión íntima para unos interlocutores invisibles. “No le cuentes nada a nadie. Si lo haces, empiezas a echar de menos a todo el mundo”. Me asusté. Era fácil leer y traducir lo que pensaba: daba un paso decisivo, un salto hacia el vacío)

—Yo ya tenía una vida. Ahora, no sé lo que me espera. Es cierto que un día las caricias se convirtieron en palizas, pero todo eso podría haber cambiado. Ahora, habrá infinita esperanza, me dirás, pero yo sé que no para mí.

Giró sobre sus talones, agarró a su hijo (aún no sé cuál es su verdadero nombre; “niño” no puede ser, desde luego), y no movió un solo músculo mientras bajaba las escaleras. Por la ventana vi cómo se introducía en un coche patrulla camino hacia no sé dónde. El dolor que destilaban sus pasos era tan auténtico que excluía todo sentimiento de venganza. No quería nada malo para su maltratador, no le deseaba los infiernos helados de Dante. Simplemente, cruzó la calle con un enorme caudal de dignidad como no recuerdo haber visto nunca. Quién fuera Isaías para rescatar esa esperanza aniquilada: “Fortaleced las manos débiles, robusteced las rodillas vacilantes; decid a los cobardes de corazón: ‘Sed fuertes, no temáis’”.

Si de veras llegásemos a poder comprender, ya no podríamos juzgar. Durante meses seguí »



» con mis tareas, mis casicosas, mi mundo neutro y seguro como el útero materno. Viví tratando de no odiar, porque tampoco yo soy inocente y no termino de comprender si las

circunstancias determinan del todo nuestras acciones, ya que debemos elegir en cada momento. Seguí redactando noticias, hablando por teléfono, acudiendo a cenas con

amigos, durmiendo, comiendo, despertándome. Como si cada día fuera un milagro laico, un coro de distintas partituras que estaba dispuesto solo para mí, y siempre a la espera de que

solventara mi propio mar de contradicciones.

La tarde de Nochebuena, mientras bajaba las escaleras camino de casa de mi madre llena de fiambreras con mi rape en salsa verde, mis pimientos rellenos de bacalao y las croquetas por las que mis sobrinos aún se dignan a dirigirme la palabra, me encontré con el portero cerrando su pequeño chiringuito de madera. Tras saludarme y felicitarme la noche y el día de Navidad, dijo lo que tenía que decir, aunque si no hubiera tenido que decirlo, también lo habría hecho:

—¿Ya lo sabe, verdad?

—¿Qué se supone que debo saber?

(Se ha descubierto el Aleph, descifrado la rayuela y transitado Comala y Macondo)

—Lo de su vecina.

(Puse mi mejor cara de nada. Mi expresión de “ve a la cocina a ver si estoy”)

—Pues eso, como le decía: que su vecina está en una residencia para mujeres maltratadas, con el niño, y a él le han encerrado en un psiquiátrico... de momento. Dicen que está como loco, que no ha soltado ni una sola palabra, que solo pide perdón y llora. Parece que tenía una enfermedad de la cabeza y que no se trataba. La del 1º A sabe de buena tinta que ella ha presentado una demanda de divorcio, porque su hija trabaja en los juzgados.

Casi se me caen las fiambreras de la mano. Mis actos habían tenido consecuencias, pero mi corazón me repetía que aquello me concernía y por eso actué como lo hice. Al tiempo —me compadecí— él también era una víctima. Víctima de su propio desorden mental, de su situación, de su pasado familiar. Aunque aquello no lo justificaba, nada me impedía pensar que todo era ruina y vacío. Deseé verla, deseé pedirle

perdón, anhelé desearle buena suerte... en su particular huida a Egipto. Quería mirarla a los ojos por última vez para intentar borrar de sus ojos todos los hechos vividos con precisión de escalpelo. Quería absorber su dignidad y que ella me absolviera a mí. Mi error fue, un día, abrir los ojos y mirar; o quizá sea todo lo contrario. Pero observar y actuar no era difícil, lo difícil era no hacerlo. Con ella volvió a mí la fe en el adviento renegado.

Es el primer día que salgo del centro de acogida donde llevamos más de dos meses. Hasta hoy, sentía pavor a pisar la calle. A tientas, como quien ve la luz del día por primera vez, cogí el metro hasta plaza de Castilla y allí me subí a uno de esos autobuses verdes que llevan hacia Colmenar Viejo. Al llegar a la parada de El Hospital Dr. R. Lafora, me apeé. Fui la única persona que se bajó en ese punto exacto: el km 13.800 de la carretera. Miré hacia la derecha y hacia la izquierda... ¡maldito temblor! Entré. Di un nombre en recepción y me indicaron que la persona por la que preguntaba estaba en el jardín. Y le vi. Vestía chándal y zapatillas de deporte. Desaliñado, miraba al vacío y fumaba un cigarro tras otro. Le estuve observando mucho tiempo hasta que pulsé mi smartphone prestado y de él salieron las primeras notas y la voz de Ian Gillan: “Sweet child in time/ You’ll see the line/ The line that’s drawn between/ Good and bad...”. No hicieron falta las bastardas palabras. Nada que agregar ni nada que esperar. Ni una explicación. Ni una súplica; ni un perdón. Me di media vuelta y desanduve mis pasos hasta la parada en la que nadie subía ni bajaba de aquel autobús verde, con destino a una vida sin dueño, pero emancipada de cualquier atisbo de rabia... Nacer de nuevo, como re-nací en Navidad. ●



Erri de Luca, uno de los escritores más originales y comprometidos del panorama actual, descubre en la tradición bíblica modelos de humanidad que permiten vivir desde la sorpresa y la gracia el presente.



Aproximación al misterio de la vida del profeta galileo desde los personajes que compartieron su historia y le reconocieron como mesías esperado.

[128 págs.] 12 €



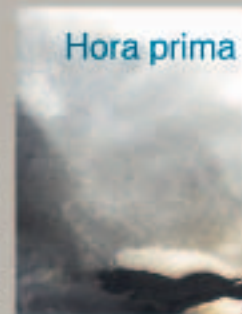
Cinco mujeres de una rara belleza. Cinco nombres de mujer que aparecen en la genealogía de Jesús y que sin pretenderlo son causa de escándalo. Y de vida.

[88 págs.] 9 €



Enfrecido relato sobre la vida de Moisés y la peregrinación de Israel a través de un ardiente desierto, donde descubrirá las palabras que le fundan como pueblo.

[112 págs.] 12 €



De madrugada, cuando aún reina el silencio, resulta más fácil acercarse al alma de las palabras bíblicas y descubrir su verdadero sentido.

[160 págs.] 14 €